

***Verdad, libertad y solidaridad: los compromisos éticos del historiador.***

Fernando Sánchez Marcos (Universitat de Barcelona).

[Intervención más extensa en Mesa Redonda G: "O historiador, a ética e o compromiso social" (II Congreso Internacional *Historia a Debate* ; Santiago de Compostela, 14-18 de julio de 1999)]

[Publicada (sin el título que se mantiene arriba y que fue suprimido - para homogeneizar formatos- en la publicación) en: Barros, C. (ed.) : *Actas del II Congreso Internacional Historia a Debate*, t. II, 2000, pp. 240-242.]

Primeramente quiero hacer una aclaración y es que me ratifico, con una enmienda, en el título provisional "Verdad, libertad, solidaridad: los compromisos éticos del historiador", que había dado a mi intervención. Quizás arrastrado por el término "historiador" que figura en el título propuesto inicialmente para la Mesa Redonda había escrito más de una vez "historiador" donde definitivamente escribo y debo escribir, en coherencia con mis planteamientos, "historiador e historiadora" o "seres humanos". Hecha esta aclaración, paso a exponer mi tesis. Aunque suene tal vez a ingenua, en este tiempo post-moderno y post-casi todo, tras la crisis finisecular de los grandes paradigmas y de las ilusiones científicas entre los historiadores. Mi tesis es que gran parte de la función social que se le pide al historiador o historiadora hoy debe estar presidida por un difícil compromiso ético (horizonte y acicate) que puede resumirse en tres valores: verdad, libertad y solidaridad.

Es tarea específica del historiador clarificar la complejidad de las realidades humanas del pasado, sin maniqueísmos y con una amplia perspectiva temporal, pues el presente es, en cierto modo, fruto de una sucesión y condensación de estratos del pasado, que han de ser

asumidos en su integralidad. El camino de la gestación del presente en el pasado es “el largo rodeo” específico de quien, en su tensión veritativa, escribe historia. Cuanto más realista y menos maniqueo sea el enfoque de la historiadora (o historiador), mejor puede servir a la causa de la crítica y de la transformación social en sentido positivo: el reconocimiento y el ejercicio efectivos de los derechos humanos. La conexión entre transformación social y apertura a la verdad, ya la proclamó Lech Walesa en 1980 en los astilleros Lenin de Gdansk (o Danzig) al afirmar “necesitamos la verdad tanto como el carbón”. El pasado hemos de asumirlo en su equilibrada integralidad, sin cancelarlo. Aunque cuando se trata de un pasado cercano y especialmente doloroso, ello sea particularmente difícil. Pero hay casos alentadores, así el del enfoque de la Comisión creada en Sudáfrica para investigar la conculcación de los derechos humanos durante el régimen del *apartheid*, bajo el lema de “Verdad y Reconciliación”.

El historiador (o historiadora) ha de ir en pos de la compleja y siempre condicionada búsqueda de la verdad sobre la evolución de los diferentes grupos humanos a los que pertenece y con los que se identifica, consciente o inconscientemente. Por ello, como intelectual y sabedor de este condicionamiento tampoco el/la historiador/a puede dispensarse -como escribió J. Pieper- de pensar acabadamente los argumentos del contrario. Aunque ciertamente -como ya advirtiera Edward H. Carr- el lenguaje nos veda la neutralidad. Pero si prescindimos de la autocontención y de la tensión veritativa en las ciencias humanas, la historia podría reducirse al almacén de máscaras en el que se surten los comediantes de la propaganda, en expresión feliz de H.-I. Marrou. Por ello, no debemos perder de vista el mundo real, un mundo que, hasta cierto punto, compartimos todos. No sólo una tierra que habitamos y nos habita, sino también una naturaleza o condición humana que nos hace dioses cuando soñamos y mendigos cuando realizamos.

Convalecientes de las decepciones de este siglo, magnífico por sus sueños y atroz por algunas de sus realizaciones, tenemos sobrados motivos para abrirnos a la verdad de nuestra común indigencia y de nuestra mutua dependencia. Dependencia entre culturas, países, sexos y grupos socioeconómicos. El reconocimiento de nuestra naturaleza humana común es el más sólido presupuesto para la posibilidad de un diálogo intercultural y de la construcción de una sociedad incluyente. En ese diálogo, el historiador o la historiadora, sin renunciar a su propia interpretación coherente, ha de esforzarse en ver también las cosas desde otros puntos de vista, buscando espacios de encuentro. Podría discutirse si en situaciones excepcionales la historia ha de ser ante todo un arma (el problema me parece análogo al de la justificación moral de la violencia). En términos generales, pienso que la historia ha de ser ante todo puente no sólo hacia el pasado, sino hacia otros proyectos de futuro. O más bien sería, pues, la encrucijada entre diversos puentes construidos entre nuestro presente y el pasado. Unos puentes mediante los cuales siempre futurizamos el pasado, en el sentido de que proyectamos en alguna forma sobre él nuestros horizontes de espera.

La historia, en el sentido de exploración de la plasticidad y mutabilidad de la naturaleza o condición humana, es un medio importante no sólo para reforzar nuestra conciencia del “fuste torcido de la humanidad” (en expresión popularizada por Isaiah Berlin) , sino también de que ha habido en el pasado y de que hay hoy alternativas a las realidades existentes. La historia es un medio para incrementar la conciencia de la apertura del futuro y del valor creativo de la libertad. Favorecer el diálogo y la confrontación serena y pacífica de las lecturas del pasado, es en cierto modo una condición previa para asegurar una sociedad democrática en la que convivan emulándose eutopías diversas para el futuro. El futuro lo debemos inventar entre todos, sin olvidar que -como alguien ha dicho- lo que para unos son sueños, para otros son pesadillas. Por ello, me alegro mucho de que aquí, en un país que tiene un gobierno

descrito habitualmente como liberal-conservador, se nos den en este Congreso, sin sectarismo, medios a lo/as historiadores/as también para proponer abiertamente en muchos casos una crítica bastante radical de este sistema de las democracias liberales occidentales. El auténtico amor a la libertad de los demás -la piedra de toque- exige que nos esforcemos para que ésta sea una realidad efectiva en los distintos ámbitos de la vida.

Postulo pues una libertad solidaria o una solidaridad libre. La solidaridad, hermosa y ya casi manida palabra, es otro de los valores ético prioritarios que propongo. La historiadora o el historiador es un ser humano que solidariza los vivos y los muertos, al estudiar las identificaciones comunitarias persistentes más allá de las vidas personales. Es un ser humano que estudia con empatía la vivencia y, a veces, la difícil supervivencia de otros seres humanos. Su función no es sólo la de coronar a los vencedores sino también la de rescatar la memoria de los perdedores (como ha postulado, entre otros, Edward P. Thompson). Quien estudia historia, pienso yo, ha de explorar déficits de solidaridad en el pasado para impulsar ésta en el presente. Debería focalizar por ello su mirada tanto o más en quienes han sufrido la historia que en quienes la han hecho en ventaja, en ese intercambio desigual de oportunidades de acción.

Los mencionados retos éticos en nuestro mundo académico son o deben ser inseparables de una acción cívica que puede canalizarse por múltiples vías. Por una participación en organizaciones políticas en el sentido más estricto, muy respetable, y/o impulsando en nuestro medio universitario campañas en favor de una solidaridad de amplio alcance (y no sólo puntual o para el escaparate). Así, la campaña en favor de la condonación de la deuda externa de los países pobres o en vías de desarrollo. Con todo, uno de los problemas de fondo es la necesidad de reformular la articulación de la sociedad política mundial, reorganizando la ONU y potenciando el papel de la Unión Europea, Mercosur y otras

organizaciones regionales análogas. Mientras haya una mundialización económico-tecnológica y no haya una mundialización política concertada y justa, habrá serios problemas de solidaridad.

Para terminar, los/las historiadores/as, como intelectuales que debatimos sobre el futuro a través del estudio del pasado, hemos de clarificar un nuevo horizontes de espera, una vez agotado el de la modernidad. En ese sentido, nos urge encontrar un concepto que exprese este nuevo horizonte de modo análogo a como “progreso”, concepto que era una síntesis del pasado y profecía del futuro en certera definición de Bury, contribuyó a alumbrar la Modernidad. He pensado bastante sobre ello y aún no he dado con ese concepto. Yo propondría algo así como “solidarización ecomundial”. Solidarización, para indicar no sólo el valor ético-social un tanto abstracto sino para connotar el aspecto de proceso, de acción. Ecomundial, por su ineludible y obvio alcance y para acoger una de las aportaciones -la perspectiva ecológica y de desarrollo sostenible- que pueden contribuir más a una verdadera historia mundial y global en el siglo que vamos a comenzar.